



E L D U E N D E V E R D E

UNA JIRAF A DE OTOÑO



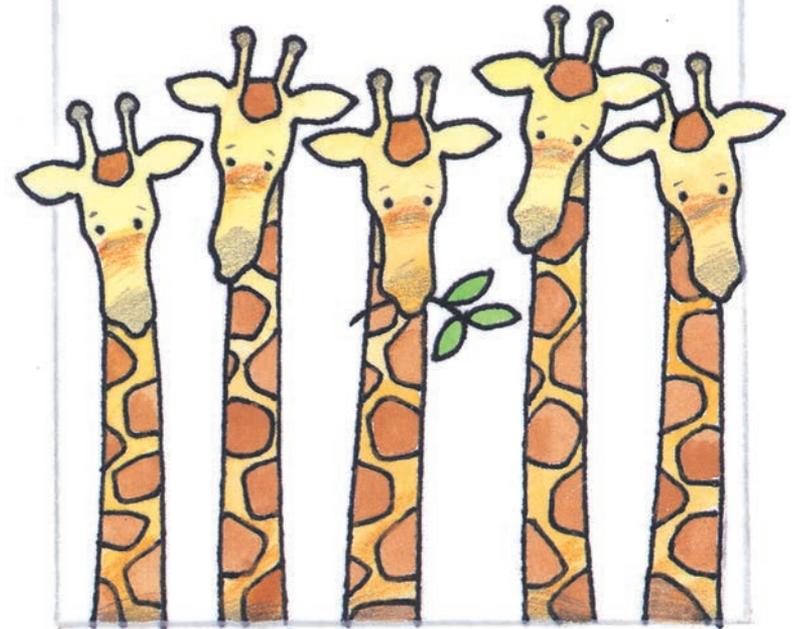
Andrés
Guerrero

ANAYA

«Una sola gaviota ha madrugado,
y nadie sino yo contempla el vuelo...»
J. G.

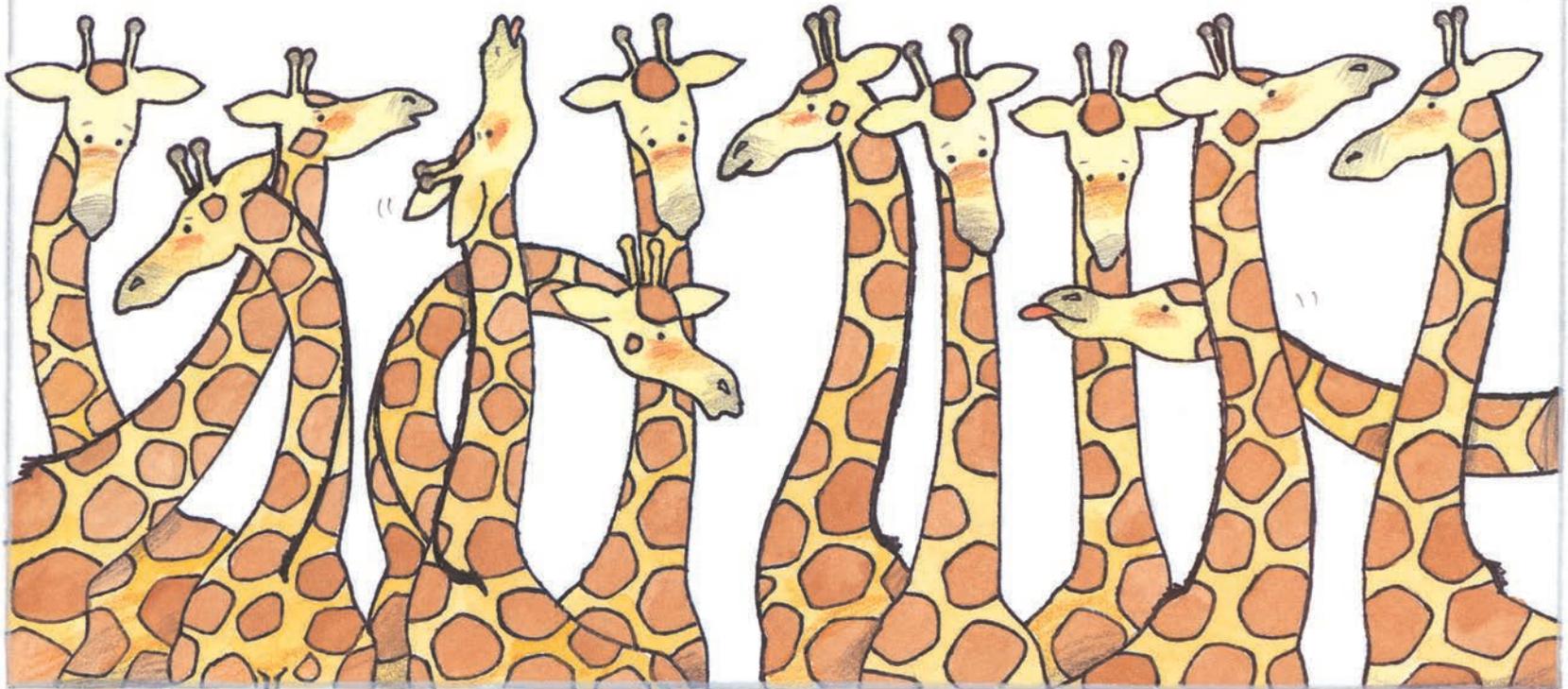
A simple vista todas las jirafas parecen iguales; todas son altas, esbeltas y elegantes.

Aparentemente aquellas jirafas eran todas iguales: el mismo color, la misma forma, las mismas manchas, pero sólo aparentemente.

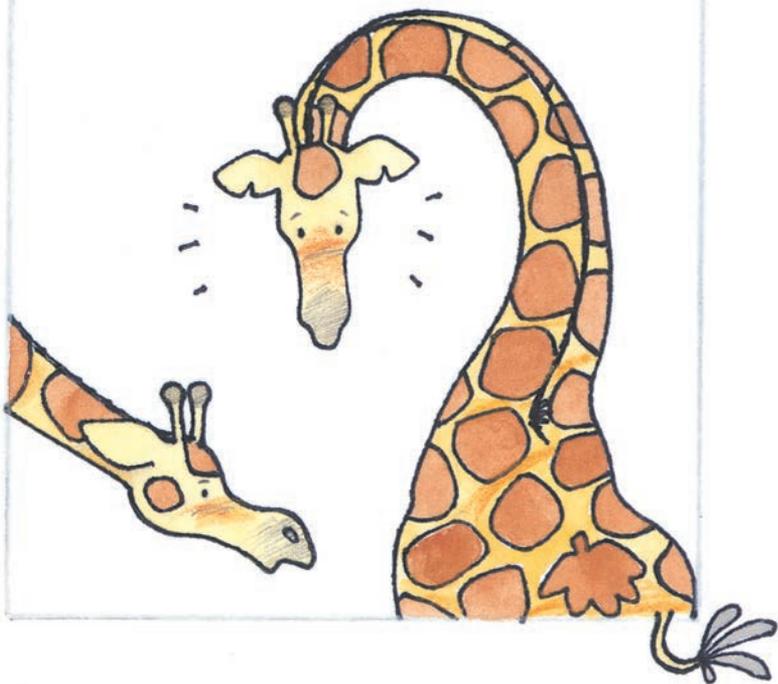


Entre todas, una de ellas vivía especialmente preocupada por ser igual. No sólo por ser igual que la mayoría; sino por ser tan alta como las más altas, tan bonita

como las más bonitas y tan esbelta como las más esbeltas. Y así, sintiéndose igual, vivía tan feliz entre las más felices y tan contenta entre las más contentas.



Por eso el día que una jirafa cotilla le dijo: «Tienes una mancha muy extraña», estuvo a punto de sufrir un ataque. Sin saber qué hacer y llena de vergüenza, se separó del grupo.



Sola y oculta bajo la sombra de una acacia, trató de comprender lo que estaba pasando. Aquello no tenía ninguna explicación. ¿Qué explicación podía tener el hecho de que sus manchas estuvieran cambiando?

Ella no había hecho nada distinto de las demás... Había comido las mismas hojas, andado por los mismos caminos y dormido en la misma hierba. No se había separado de la manada, no había estado con jirafas extrañas y, por supuesto, no había hablado con otros animales de la sabana.

A partir de aquel día vivió apartada de la manada, camuflada en zonas boscosas, tratando de pasar inadvertida; en poco tiempo su aspecto cambió visiblemente.